

to, que incluye este párrafo: "Se me preguntará qué me obligaba a abandonar una existencia tranquila y feliz para correr todos los riesgos de una empresa aventurada. A eso contestaré que una voz secreta me empujaba, y que por nada en el mundo habría querido dejar para otra ocasión una tentativa que me parecía presentar tantas probabilidades del éxito".

El malogro de este intento del empedernido complotista, Guizot lo subraya con las siguientes palabras: "Así el ejército como el pueblo desconocían en Francia al príncipe Luis; nadie le había visto; nunca había hecho nada; algunos escritos sobre arte militar, sus **Ensueños Políticos**, un Proyecto de Constitución y los elogios de varios periódicos democráticos no eran por cierto grandes títulos para aspirar al favor público y al gobierno de Francia. Tenía su nombre, pero su nombre hubiera sido estéril a no poseer una fuerza oculta y puramente personal: fe en sí mismo y en su hado".

Al ir bogando en la fragata que lo conducía a la expatriación, el príncipe, desde aguas americanas, transcribirá a su madre las frases con que a sus compañeros de subversión les levantaba el ánimo: "¡Pero, qué confianza, qué profunda convicción, es preciso tener en la nobleza de una causa, para afrontar, no los peligros que vamos a desafiar, sino la opinión pública, que nos fulminará a reproches si no tenemos éxito! Y sin embargo tomo a Dios por testigo de que si expongo al peligro lo que en la vida me es más querido, la estimación de mis ciudadanos, no es por saciar una ambición personal, sino porque creo tener una misión que cumplir".

POBRE Y DESGRACIADO, LOS FAVORES LOS PAGARÍA UN DÍA COMO SEÑOR DE FRANCIA

Y, al despedirse de H. de Villaneuve, rematada aquella travesía de la "Andrómeda", que parecía interminable —¡a Nueva York por Río de Janeiro!—, prorrumpe en estas proféticas palabras: "Soy muy pobre y muy desgraciado; pero acordaos de que la persona a quien habéis hecho tantos favores será algún día emperador de los franceses".

Ni en su porte parecía un vencido. Uno de los miembros de la tripulación del barco, aseguraba de él: "Al verle entre

nosotros, se le hubiera tomado por un almirante a bordo más bien que por deportado".

El pastor E. Stewart, con quien tuvo frecuente trato durante el destierro en los Estados Unidos, observa: "Si yo hubiera tomado nota de cada palabra de Luis Napoleón y si las reprodujese hoy que se han realizado sus visiones, se vería que la mayor parte de ellas fueron tan proféticas como las que se han atribuido al prisionero de Santa Elena".

No porque no se diera perfecta cuenta de que nada autorizaba a hacer suponer a aquel desesperado, por entonces, que sus esperanzas se vieran realizadas algún día. Cuando se arranca de América, con el ansia febril de abrazar a su madre moribunda y sin medir los peligros que la ruptura del exilio pudieren atraerle, escribe al tolerante rey de Holanda: "¿Qué he hecho para ser el paria de Europa y de mi familia?".

NUEVA INTENTONA REVOLUCIONARIA Y NUEVO FRENTAZO SUFRIDO EN BOULOGNE

La proclama que lanza al consumir esa otra intentona insensata que culmina en el desembarco en Boulogne, para ganar adeptos, expresa: "Recordad todos, clases laboriosas y pobres, que entre vosotros elegía Napoleón sus tenientes, sus mariscales, sus ministros, sus príncipes y sus amigos... Como francés veo ante mí el porvenir brillante de la patria, y me parece tener a mi espalda la sombra del emperador, que me impele hacia delante".

Una vez en tierra, estuérzase en vano por sublevar al pueblo: cogidos algunos de sus secuaces, herido gravemente el señor de Viengiki, con dos balazos el coronel Voisin, precipitase en el mar y pretende ganar a nado una canoa, bajo el nutrido fuego que sobre los fugitivos hace la guardia nacional. A Luis Napoleón le alcanza un tiro que le atraviesa de parte a parte el uniforme, pero sin causar ningún daño a su persona.

De haberle arrancado la vida en aquel instante, la desperdiciada onza de plomo, hubiera, según el manoseado lugar común, influido también para variar el curso de la historia.

Pero la muerte respeta a Luis Napoleón en aquel apurado trance, como le respetará también ya ungido emperador.

Si ileso salió del pronunciamiento de Estrasburgo, ileso déjale también ese tiro, aún atravesándole las ropas, y seguirán dejándole ileso y en el apogeo de oropelesca gloria, la pistola de Pianori y las máquinas infernales de Orsini. Porque se dijera que la fatalidad está interesada en que su existencia alcance el melancólico epílogo de la "débacle" de Sedán, y que sus últimos años estén afligidos por una vulgar enfermedad de la vejiga.

¡Cuánto mejor hubiérale valido perecer en uno de aquellos episodios de su drama!

NI PRISIONERO EN LA FORTALEZA DE HAM
SE DESVANECE SU ALUCINANTE ENSUEÑO

La asonada de Boulogne remata en la lóbrega fortaleza de Ham: donde Luis Napoleón es confinado en prisión perpetua, que sólo fuéle dable romper a los seis años, cuando, disfrazado como uno de los albañiles que ejecutaban reparaciones en el edificio, logra evadirse.

Pero ni en los más espantosos días de su encierro, le abandonará su obsesión, ni se desvanecerá de su mente el alucinador ensueño: "... hoy, a veinte leguas de París, soy para el gobierno una espada de Damocles". Y, en 3 de febrero, a Mr. Peauger: "Lo que siempre me ha faltado en otro tiempo fueron los hombres; hoy son los medios. Pero creo en la fatalidad: si mi cuerpo escapó milagrosamente de todos los peligros, y si mi alma se ha sustraído a tantas causas de desaliento, es porque estoy llamado a hacer alguna cosa".

Es rematada felizmente la evasión... a Londres; decidido a llegar a Liorna para recibir el último suspiro de su padre, deseo que no se le conceda realizar, porque a su arribo, el pobre rey ha expirado ya.

De nuevo en la capital británica, a conspirar otra vez, y cuando su prima lady Douglas le exhorta a abandonar sus vanas ilusiones, contéstale:

"—Prima mía, yo no soy dueño de mi persona; pertenezco a mi nombre y a mi país. Y si la fortuna me ha sido adversa dos veces, no por eso dejará de cumplirse mi destino".

LLEGA POR ULTIMO EL MOMENTO EN QUE LA
CARRERA POLITICA DEL PRINCIPE EMPIEZA

El derrumbamiento de la monarquía de julio empezará por abrir al príncipe las puertas de la asamblea legislativa, y más tarde las de la Presidencia de la República; desde la que, el dos de diciembre de 1851, pese a sus reiteradas protestas de fidelidad al sistema democrático, asesta el pérfido golpe de Estado.

Hétele ya convertido en emperador, después de violar todos sus más solemnes juramentos. "Los árboles de la libertad" serán apeados, y la fórmula "Libertad, Igualdad, Fraternidad", borrada de todo lugar en que hasta entonces hubiere lucido.

El malviviente de los tabucos de la prostitución parisienne, el filibustero de Italia, el fracasado de Estrasburgo, el desterrado en América, el naufrago de Boulogne, el prisionero de Ham, el conspirador de Londres; empuña por fin el cetro, y su obra comienza. Para desgracia, primero, de Francia, cuya sociedad llegará a extremos de relajamiento y corrupción a tal punto inimaginables, que probablemente ninguna época de su historia consiga rebasar. En seguida, de nuestro país, al que el irredento tabaquista, embrujado con sus decantadas riquezas fabulosas, y bajo la instigación de la fanática Eugenia, del codicioso poder pontificio, y de los ultramontanos y aurívoros Hidalgo, Almonte, Gutiérrez de Estrada, Morny, Jécker, y demás miembros de la cáfila de renegados, de bastardos y de aventureros que ya sabemos, considerará presa tan pingüe como fácil de aferrar.

BAJO UNA MASCARA DE SEDA ENCUBRE LA
VERDADERA NATURALEZA DE SU DESIGNIO

Naturalmente que con su característica hipocresía, preconizará un plan redentor para el mundo latino de América: poner un muro de contención a las ambiciones imperialistas de la Unión Norteamericana, y, para ello, crear frente a sus fronteras un imperio latino... "sin latinos".

Sobre este debatido asunto, la condesa Reinach de Foussemagne, asienta: "Napoleón III entreveía, en la intervención

en México, un medio de realizar una idea que le era cara; afirmar la fuerza y el prestigio de la raza latina, estableciendo, sobre una base inquebrantable, la influencia de Francia en América, deteniendo al mismo tiempo la invasión de la raza anglosajona".

Ante afirmación semejante, no puede uno menos de exclamar: ¡PATRAÑA! ¿Entonces, por qué quiso negociar con Estados Unidos cuando el sostenimiento de las fuerzas de ocupación se le volvió imposible?

Cuanto a las inconfesables aficiones de Luis Napoleón el crapuloso, ya bosquejadas en anteriores líneas, no bastarían todas las páginas del presente volumen, si solamente a ello las dedicáramos, para vaciar el relato de sus intemperancias, que no se detuvieron ni ante el crimen. Porque a un monarca poderoso no faltará nunca un Griscelli presto a contentar los más crueles instintos de su amo.

Sin el esplendor de otras monarquías —la corte de París, según Maximiliano, era una corte de advenedizos—, se revolvió en los más infectos fangales de la sensualidad y el desenfreno. Si Luis XV tuvo su parque de los Ciervos, el Pequeño Napoleón, ahora, cuando disponía sin restricciones de riqueza y de poder, daba rienda suelta a sus pasiones de desenfrenado vulgar; y se solazaba en las sabatinas "cacerías de cervatillas", para las que, cuando no había "PIEZAS DE MAS ALTO RANGO", acudíase a prostitutas mercenarias.

Había convertido la alcoba de una cocota en orgiástico escenario, a cuyas representaciones, él y sus compinches preferidos, desde cómodas localidades ocultas, se regodeaban con las sádicas peripecias, de antemano preparadas por un hábil "metteur en scène", y en el que el único inadvertido era el infeliz que encarnaba el papel de varón.

El merodeador de hoteluchos lupanarescos, que en no muy lejanos tiempos había calado la gorra del chulapón y lucido la blusa puerca del rufián de baja estofa, dábase ahora el lujo de tales bochornosos espectáculos, en el frívolo París invadido por la música de Offenbach y la retórica de Merimée.

CREE IR POR LANA A LA ALCOBA DE LA MONTIJO, PERO SALE TRASQUILADO

Con la vehemencia de un temperamento lúbrico hasta la morbosidad, Luis Napoleón deseó ardorosamente a Eugenia; pero la de Montijo, sabia y maternalmente aconsejada, no cedió a las instancias del febril cortejante que, para templar la fiebre de poseerla, no tuvo más remedio que sentarla en el trono. "Nadie como ella, satisfaría sus inclinaciones".

En el asalto nocturno a la alcoba de la azafranada española creyó ir por lana y salió trasquilado; pero se complacerá en tomar venganza de lo que para el tenaz galanteador había constituido una rotunda derrota.

Cierta ocasión en que el emperador quejábbase con la princesa Matilde de que fueran tantas las mujeres que lo acababan, ella le preguntó:

"—¿Y la Emperatriz?"

"—A la Emperatriz le guardé fidelidad los seis primeros meses de nuestra unión; pero yo necesito de algunas distracciones intrascendentales... y siempre regreso a ello con placer".

Además de los indicios de que ella pagaba en la misma moneda, su amor por Jerónimo nadie lo discute. Aunque la verdad es que el príncipe, cuando Luis Napoleón le hizo confidente de la pasión que por la de Montijo le abrasaba, y de cómo ésta, a cada arrebató lo difería todo para después del matrimonio, repuso con frialdad:

"—¡Sin embargo, si es posible amar, nunca lo es desposarse con una señorita de Montijo!"

No es nada extraño que el desenfreno de la corte trascendiera, y contagiara, como hemos de verlo en subsecuentes páginas, a la sociedad y hasta al ejército francés. El régimen de Napoleón III fué profundamente corruptor.

EL SEUDO APOSTOL DE LA REGENERACION DE MEXICO ESPARCIO CORRUPCION POR TODA FRANCIA

Ente semejante, que desde el punto de vista moral necesitaba ser redimido; el que había "cambiado un trono por un

perjurio", y que arrojándose a nadar entre marejadas de sangre por su causa efundida alcanzó un inmenso poderío; el que aliándose a los monarquistas, al clero y a la banda arma de un país consumido por la gangrena de la lucha intestina, iba a redimir a un México que se debatía desesperadamente en las mortales ansias de solidar su libertad, una libertad con que venía soñando desde que estallara el movimiento insurgente contra la brutal dominación española!

¡Aquel ambicioso vulgar a quien no interesaba sino saciar sus bestiales apetitos; oscuro aventurero, contradicción perpetua, hoy implicado en las insurrecciones de Italia contra el sumo pontífice, para, una vez en el esplendor de su estrella, tornarse fautor de la unidad, y a poco tiempo adalid pontificio!

¡Aquel desconceptuado malviviente de los chiribitiles leones del París tenebroso del hampa, que sucesivamente proclamábase demócrata, socialista, apóstol de la autodeterminación de los pueblos, y que en sus escritos incluía afirmaciones como ésta: "El ejemplo de los Estuardos prueba que el apoyo extranjero es siempre impotente para salvar los gobiernos que la nación no adopta...!"

EN UN ACANTILADO DEL ADRIATICO SUSPIRABA UN ARCHIDUQUE NOSTALGICO DE CENIR CORONA

A Luis Napoleón y a su pandilla de rastros, érales indispensable un maniquí, un pelele, un arrendajo a quien poder manejar a su capricho: al uno, para hacer de México un feudo de explotación constante; a la otra, para reimplantar aquel suspirado régimen de despotismo, en que las castas privilegiadas —clérigos, "aristócratas" y soldadones— volvieron a disponer sin freno de la inmensa masa de población, como de un rebaño de esclavos, de siervos, de ilotas famélicos y obedientes; que, atados al yugo y al restallar del látigo de los capataces, rindieran la existencia en el surco o en la mina, afanados en extraer riquezas jamás suficientes a saciar la codicia de las castas privilegiadas, que se ahitarían en el disfrute de sibaríticos placeres...

Y, al desparramar la vista por el mundo, el perjurio y sus cómplices acertaron a descubrir, en un marmóreo castillo que

sobre los acantilados del inconstante Adriático se erguía, a una pareja archiducal, nostálgica y vacante...

Del archiduque Maximiliano, sí, y de su consorte, valdríanse para apropiarse de México, aquella tierra de promisión, distante y turbulenta; cuya decantada riqueza parecía tan asequible a un tan poderoso imperio. Nada menos que un Habsburgo acabaría prestándose a ser el dócil instrumento de quien había sido carbonario en Italia, sostén un día de su santidad y al siguiente su opositor; republicano hoy, y mañana, a costa de un golpe de estado sangriento, felón y criminal, dueño de un trono desde el que crucificaba a Francia. Del usurpador que mandaba un ejército de ocupación a México, sin importársele un bledo de haber proclamado a los cuatro vientos que "nadie debe pelear sino por su patria", ni que "los pueblos tienen derecho de disponer de su destino".

De un Habsburgo sumiso a asumir, en la trágica farsa, el carácter infeliz de autómatas al servicio del deicida "que había podido salvar a Cristo y sin el cual no se le hubiera podido conducir al calvario", según las palabras del obispo de Poitiers; del que, para saciar su sed de dominio, había provocado ochocientas ejecuciones en una sola noche, al traicionar a la República que por Presidente lo escogió; del que, para satisfacer los apetitos de la carne, no respetaba ni los más sagrados vínculos familiares; del ambicioso, del crapuloso, de aquel a quien "todo sentimiento noble, toda inspiración generosa, le eran desconocidos"; del que, a fuerza de hollarlo y de mancharlo todo, lograba lo que se proponía; del que había hundido en el fango, en su país, política, sociedad y ejército...

Ese, ése era, no cesaremos de repetirlo, el hombre que se presentaba como el llamado a sanear la atmósfera de nuestra patria.